

Sayed Kashua

Llega un nuevo día

Notas de una vida
palestino-israelí



SAYED KASHUA

Llega un nuevo día

Notas de una vida palestino-israelí

Traducción de
Raquel García Lozano

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: בן הארץ
Traducción del hebreo: Raquel García Lozano

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2019

© Sayed Kashua, 2015
© de la traducción: Raquel García, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 6387-2019
ISBN: 978-84-17747-13-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Introducción	II
------------------------	----

PRIMERA PARTE Se lo advierto (2006-2007)

Se lo advierto.	15
El Día de la Ascensión	19
¿Quién ganó?	23
Señoría	26
Cumpleaños	29
Vacaciones en Tel Aviv.	33
Acusado	37
La costura	41
Felices fiestas	46
En lugar de un cuento	50
Varicela.	54
¿Me quieres?	58
Nuevo rico	62
Día de la Independencia.	65
Una habitación propia.	68
La próxima gran obra	71
El osito sí sí	74
La bicicleta	77
La voz del lector	80

SEGUNDA PARTE
Pasaportes extranjeros
(2008-2010)

Pasaportes extranjeros	85
Míster Roth y yo	88
Un conejito monstruoso	91
De nuevo con vosotros	95
Época de austeridad	98
Para bien o para mal	102
Un país con ilimitadas posibilidades	106
Buenos días, Israel	109
El supermán palestino	116
Una agradable conversación en la barra de un bar	120
Las lágrimas fluyen por sí solas	123
Agua bendita	127

TERCERA PARTE
Antihéroe
(2010-2012)

Antihéroe	133
Nobleza obliga	137
El festival de literatura	141
Liquidación	145
Conversación nocturna	149
Es todo por mi culpa	153
Despedida de mi padre	157
La ensalada de Tira	160
Tradicionales	164
Un regalo de Arabia Saudí	168
Revolución en la cocina	172
Clase de árabe	176
Labor sagrada	180
Un caramelo envenenado	184

La Nakba en HD	188
Noche en vela	192
Pasaje al paraíso	195
La señal de la alianza	199
Insomnio	203
Deberes	207
Burbuja holandesa	211

CUARTA PARTE

Historias que no me atrevo a contar (2012-2014)

Historias que no me atrevo a contar	217
Orgullo y prejuicio	220
El fruto prohibido	224
El cielo llorará	227
Sin padres	231
Conversación con un extraño	234
Se hace bibi	237
Un viejo	240
Nieve en la ciudad	244
¡El tribunal!	247
Electricidad en el aire	251
¿Hay futuro?	255
Monólogo del culo	259
Y así declaro	262
Estados Unidos	265
Lo que se queda en casa	269
Despedida	272

Introducción

Hace alrededor de un año que salí de Jerusalén y vine a vivir a Urbana-Champaign, Illinois, con mi esposa y tres hijos. Celebramos el aniversario preparando humus en casa y friendo falafel. Ahora ya sabemos dónde comprar los productos adecuados para preparar comidas que se acerquen a los sabores de nuestra tierra. Mi hijo menor, que llegó aquí con tres años y sin saber ni una palabra de inglés pidió otra porción de falafel. Partí una pita por la mitad, la rellené con unas bolitas de falafel, añadí unas rodajas de tomate y pepino y lo empapé todo con salsa tahini. «¡Hale, papá! –dijo al dar el primer bocado con avidez; luego añadió, en inglés con acento del medio oeste–: ¡Este taco está buenísimo!». Ya tenía una idea para mi columna semanal.

Cuando empecé a escribir la columna semanal en el periódico *Haaretz*, hace más de diez años, aún vivía en Beit Safafa con mi mujer y mi hija mayor. Después tuve otros dos hijos, me trasladé del este al oeste de Jerusalén, hubo cambios de gobierno, estallaron guerras, fueron sofocadas y estallaron de nuevo, y yo continué escribiendo una columna cada semana.

Escribir una columna semanal puede ser una auténtica pesadilla. Había días en que acababa deambulando por las calles de la ciudad repitiendo en voz alta la pregunta: «¿Sobre qué voy a escribir esta semana?». Cuando notaba que la columna no era buena, o cuando sentía que no tenía nada sobre lo que escribir, me sumía en la depresión. Cuando sabía que había escrito una buena columna, estaba feliz, aunque tratase sobre la caída de misiles.

Escribir la columna era para mí una forma de vida. En el momento en que enviaba la columna a los redactores del periódico, empezaba a pensar en la siguiente. No buscaba una idea, sino una

sensación. El sistema adoptado era escribir sobre lo que me había conmovido más que ninguna otra cosa durante esa semana. Aguza-ba los sentidos y buscaba sentimientos, miedo, dolor, esperanza, pasión, ira o alegría, y me prometía a mí mismo que intentaría trasladar esos sentimientos a los lectores de la columna por medio de relatos cortos. Intentaba ser honesto, contar la verdad tal y como yo la entendía, aunque las columnas a veces eran completamente de ficción.

A lo largo de diez años, escribí sobre casi todas las personas que conocía, y perdí a la mayoría de mis amigos, porque la gente que me rodeaba acabó alejándose de mí o callándose en mi presencia por miedo a que todo lo que dijera apareciera en el periódico. Durante esos años le amargué la vida a mi mujer y al resto de mi familia, no dudé en aprovecharme de ellos, si creía que eso me ayudaría a escribir buenas historias.

Creo que, sobre todo, intenté que la realidad sobreviviera por medio de las palabras. Poner orden en el caos y encontrar una lógica interna en las cosas que veía a mi alrededor y que yo mismo experimentaba. En esas columnas podía disculparme, gritar, temer, suplicar, odiar y amar, pero, sobre todo, buscar esperanza, hacer mi vida algo más llevadera. Esa es la razón por la que seguí escribiéndolas mientras tuve la esperanza de que, al final, todo iría bien, de que lo único que había que hacer era escribir la vida a modo de relato, y buscarle un final feliz.

SAYED KASHUA
Junio de 2015

PRIMERA PARTE

SE LO ADVIERTO
(2006-2007)

Se lo advierto

Destinatario: Redactor del suplemento del periódico *Haaretz*
Asunto: La columna de Sayed Kashua

Estimado señor:

Vamos a ver. No es la primera vez que envíó una carta a los redactores de los periódicos en los que está empleado mi marido, conocido con el nombre de Sayed Kashua. Esta carta, como las anteriores, es una carta formal de advertencia. En caso de que mis demandas no sean satisfechas, no me quedará más remedio que recurrir a instancias judiciales.

Su reportero, mi marido, es un mentiroso patológico, un chismoso y un estafador que, desgraciadamente, se gana la vida distorsionando la verdad y dibujando un retrato completamente inverosímil de la realidad. Me sorprende que un periódico respetable como *Haaretz* se apresure a publicar las falsedades de mi marido sin molestarse en comprobar la veracidad del material que se publica. ¿Cómo es que no tienen el más mínimo sistema de control que compruebe si, en las columnas de su respetado reportero, aparece alguna calumnia que pueda desencadenar una larga lista de querellas?

Los bufetes de abogados con los que me he puesto en contacto me han asegurado que en el 90% de las columnas que se han publicado en su periódico hay motivos para una demanda con resultados favorables asegurados. Hasta este momento he evitado presentar querellas de ese tipo, porque no soy codiciosa como mi marido, su reportero, que ha demostrado más allá de toda duda razonable que no se detiene ante nada con tal de ganarse la vida. Los actos de

mi marido no me sorprenden, porque conozco perfectamente su carácter. Sin embargo, me sorprende que tantos y respetables redactores de su periódico ignoren la gravedad de la situación.

Como condición para poner fin a los procedimientos judiciales que he iniciado, exijo que su respetable periódico publique una disculpa, clara como el agua, en un lugar al menos tan destacado como el que le proporcionan a su inmoral reportero. Los lectores del periódico deben comprender más allá de toda duda razonable que el retrato que mi marido describe de su vida familiar es una burda mentira y carece de toda base real.

Con absoluta desfachatez, y con el apoyo de ustedes, mi marido dibuja casi cada semana un retrato monstruoso en el que normalmente yo soy la estrella. Hay que poner fin a este maltrato y, como no hay forma de comunicarse con el enfermo mental que tengo hospitalizado en casa, me dirijo a ustedes, como únicos responsables, para que acaben con esta infame campaña de difamación.

Mi marido, como sus lectores comprenderán, tiene graves problemas de adicción, y no me estoy refiriendo ahora al alcohol o a otras sustancias, sino a su adicción a la mentira y a la falsedad, que se han convertido en parte inherente de su vida cotidiana.

En su última columna, mi marido ha alcanzado nuevas cimas al describirme como una mujer iracunda y desquiciada que desea su muerte y que dice frases como «ojalá los gusanos te devoren los pulmones», una frase que, evidentemente, jamás ha salido de mi boca y que es fruto de las alucinaciones y aberraciones de su cerebro enfermo. Por no hablar del resto de las blasfemias que mi marido pone en mi boca y que no voy a repetir aquí para no herir la sensibilidad del público.

Es de lo más sorprendente que mi marido utilice insultos como herramienta habitual de escritura. Da la sensación de que sus redactores ni siquiera pestañean ante los constantes exabruptos que aparecen en sus artículos.

Los escritos donde mi marido me describe me causan un sinnúmero de problemas. Muy a mi pesar, me veo obligada a dar explicaciones a mi familia y a mi círculo de conocidos, en el trabajo y en el barrio. Día y noche tengo que hacer frente a preguntas sobre acusaciones infundadas que se publican en un periódico tan serio como el suyo.

Mientras yo he sido el blanco de sus dardos, he mantenido la boca cerrada y he decidido contenerme para mantener una apariencia de armonía familiar. Sin embargo, últimamente, mi marido ha logrado dañar la rutina diaria de sus hijos: también la niña, su primogénita, ha tenido que dar explicaciones a los padres de los niños de la guardería a la que asiste. Durante la última fiesta de Purim, mis ojos se llenaron de lágrimas cuando una de las madres quiso saber, basándose en lo publicado en su periódico, si era cierto que mi madre, descrita por su reportero como «mi suegra», es una especie de bruja que tiene como única finalidad en la vida apartarme de mi marido.

No comprendo por qué asuntos familiares, independientemente de que sean fidedignos o no, tienen que publicarse en los periódicos, y menos aún en uno como *Haaretz*. Por cierto, aprovecho la ocasión para informar de que yo también me uno a la lista de los que han cancelado su suscripción al periódico, y apelo a todos aquellos que tienen sentido común a que sigan mis pasos y los de muchos otros que se niegan a que un producto así entre en sus casas.

No soy una de esas personas que airean públicamente los conflictos familiares, pero en el caso que nos ocupa, y tras la experiencia del pasado, sé perfectamente que esta es la única forma de acabar con esta infame campaña de difamación: espero encarecidamente que sigan los pasos de otros periódicos que con anterioridad recibieron advertencias formales y que respondieron a mis demandas despidiendo a mi marido de inmediato.

Los lectores deben saber que mi marido, y estoy hablando como una profesional con muchos años de experiencia en un hospital psiquiátrico, sufre diversos trastornos de personalidad, y que su estado se define formalmente en jerga psiquiátrica como trastorno límite de la personalidad, algo que comporta numerosos desórdenes de conducta, de los cuales, tal vez los más graves sean el trastorno paranoide de la personalidad, la psicosis paranoica y el trastorno narcisista de la personalidad. Los lectores deben saber que mi marido sufre repetidos y recurrentes ataques de delirio en grado 4 en una escala de 5, delirios que se van agravando con el paso de los años.

Un pequeño ejemplo, sólo para explicar de lo que estamos hablando: últimamente, mi marido está convencido sin la más míni-

ma duda de que es un asquenazí de origen polaco cuyos padres, que siempre han vivido en Tira, son supervivientes del Holocausto que emigraron a Palestina en un barco de inmigrantes ilegales en el año 45. Mi marido, estimados redactores y lectores, vuestro reportero, últimamente va por las calles de Beit Safafa contando a los transeúntes que es el único asquenazí del pueblo. Cuando le piden su dirección, para darle un toque distinguido, escribe «Beit Safafa Alto».

Lamento mucho haberme visto arrastrada a utilizar esta línea difamatoria en las páginas del periódico. Va en contra de mi naturaleza, sin embargo, ante el deterioro de la situación, no me ha quedado más remedio, los lectores sabrán perdonarme.

Atentamente,
la mujer de Sayed Kashua.

P.D.: Ruego se publique esta carta sin mencionar mi nombre.

7/4/2006

El Día de la Ascensión

–¿Y qué vas a hacer hoy? –me preguntó mi mujer cuando me desperté.

–¿Qué quieres decir? –respondí sorprendido–, lo de siempre, intentaré trabajar.

–¿No me digas que lo has olvidado?

–¿El qué?

–No me lo puedo creer. Llevo una semana diciéndote que hoy la niña tiene fiesta en el colegio. Es que no escuchas. ¿Sabes cuántas veces te lo he dicho?

–¿Qué fiesta? ¿Qué día es hoy?

–No lo sé, en la circular que enviaron del colegio ponía fiesta por el Día de la Ascensión.

Se han pasado un poco en el colegio, pensé. Bilingüe, vale, lo acepto. Respetar todas las religiones, las dos lenguas, las narrativas de los dos pueblos, vale. Respeto todo eso a pesar de los incontables días de fiesta que hay en el colegio. Pero, Dios, ¿celebrar el día de la inmigración judía, la ascensión, como ellos la llaman?

–¿Quién celebra el día de la inmigración? –grité–, ¿qué es todo este derroche de sionismo? ¿Qué está pasando?

–Papá –intervino la niña–, la maestra ha dicho que es la celebración de la Ascensión de Jesús a los cielos.

–¿Ah, sí? –me tranquilicé–, eso hay que respetarlo.

Bueno, hacía mucho tiempo que no estaba a solas con la niña y el Día de la Ascensión podía ser una ocasión perfecta para acercar distancias.

–Pasaremos un día genial –le dije a la niña–, celebraremos la Ascensión como es debido.

Para poder tener el coche, nos fuimos todos juntos, primero dejamos al bebé en la guardería, gracias a Dios la guardería no era bi-nada y allí se celebraban las fiestas del calendario musulmán, y después acercamos a mamá a su lugar de trabajo.

—¿Tienes hambre? —le pregunté a la niña cuando nos quedamos solos en el coche y nos dirigíamos al restaurante del Jardín Botánico de Givat Ram—. ¿Ves? —le expliqué a la niña, lleno de orgullo por la educación que le daba, mientras atacábamos la ensalada y los quesos—, este jardín está lleno de flores, de árboles y de plantas de tooodo el mundo.

—Papá, quiero dar una vuelta por el jardín, ¿puedo?

—Ehhh —dije. La idea de pasear no me fascinaba especialmente—. ¿No te basta con lo que ves desde aquí? Mira, hay patos en el lago.

—No, papá, vamos a pasear un rato.

—Vale, termina de comer.

Tras cinco minutos de caminata, me maldije por la estúpida idea de comer en el Jardín Botánico.

—¿Y qué es eso, papá? —preguntó la niña—, deteniéndose junto a cada letrero explicativo.

—¿No estás cansada? —pregunté.

—No, es genial. Mira esto, papá, mira qué bonito, amarillo, ¿qué pone?

—¿Quieres que vayamos al centro comercial? Te compraré un helado.

—Sííí, helado.

Nos fuimos. Precisamente tenía algo que comprar allí, tal vez por fin podría cambiar las lámparas fluorescentes del cuarto de baño. Llevaban un año estropeadas y tuve que trasladar allí la lámpara de pie.

—Papá —dijo la niña cuando paré en la fila de coches que aguardaban para el control de seguridad—, ¿puedo hablar en árabe ahora?

—¿Qué quieres decir? —giré la cabeza hacia ella—, pues claro, puedes hablar en árabe cuando quieras y donde quieras. ¿A qué te refieres?

El vigilante miró desde la ventanilla y yo le sonreí.

—¿Qué tal? ¿Todo en orden? —preguntó para comprobar mi acento. Antes de poder decir «muy bien», como de costumbre,

dos palabras que no contenían ninguna «p» ni «r» que pudiesen delatarme, la niña saltó con un *alhamdulillah*. –Documentación, por favor –pidió el vigilante.

–Escucha, cariño –le expliqué a la niña mientras entrábamos en una tienda de bricolaje–, está bien hablar en árabe, en todas partes, cuando tú quieras, pero no en la entrada del centro comercial, ¿vale, cariño?

Compré una lámpara fluorescente, una papelera para el despacho y un zapatero.

–Vamos a darle una sorpresa a mamá –le dije a la niña, que se quedó fascinada con el zapatero. También ella sabía que su madre llevaba pidiendo un zapatero desde que ella nació. Me dieron una caja grande. El vendedor dijo que el montaje no era ningún problema. No se necesitaban herramientas, dijo. Tan sólo un destornillador de estrella. Confiaba en que hubiese uno en la navaja suiza, porque ese era todo el equipo de herramientas que tenía en casa.

Perdón por mi lenguaje, pero joder con la tienda de bricolaje y con el vendedor, menudos hijos de puta, ellos y el zapatero. ¿A quién le hace falta un zapatero? Nos hemos apañado durante millones de años sin ellos, ¿para qué? Ya le enseñaré yo a mi mujer lo que es bueno. Han pasado dos horas y yo sigo luchando con mi navaja suiza y con los malditos tornillos, no entiendo nada de las instrucciones y todo me sale al revés. Estoy sudando como un pollo y tengo los dedos llenos de ampollas. «El montaje es muy sencillo», y una porra. Tengo la espalda agarrotada y estoy que echo chispas, intento no olvidar que la niña está a mi lado para no decir demasiados tacos. Y encima cobran por esto. Les voy a demandar, escoria. Y este Día de la Ascensión, ¿de dónde se lo han sacado ahora?

Bueno, tengo que calmarme, empezar de nuevo desde el principio. Aún me quedan tres horas antes de recoger a mi mujer en el trabajo. Respiraré hondo y empezaré, por orden. Extiendo un periódico y empiezo a colocar encima los tornillos por tamaños, los clavos, las piezas de plástico, siguiendo las instrucciones, siguiendo los números. Un chorro de sudor me cae desde la nariz directamente a la frente de Olmert dando un discurso en el Congreso. Precisamente lo vi en la televisión, salió en todos los canales de noticias, en directo, emocionado, tendiendo la mano a la paz, y

todos los norteamericanos en pie y aplaudiéndole. ¿Y qué si justo al mismo tiempo estaba matando a cuatro árabes en Ramala? ¿Pero qué me importa a mí Olmert ahora? Concéntrate en lo importante, el zapatero, tres horas.

Es lo bueno de los judíos, es lo que me gusta de ellos, la seguridad que tienen. Saben hablar bien. «Media hora de montaje. ¿Complicado?, para nada.» A las tres fui con la niña a recoger a mi mujer al trabajo.

–Bueno, ¿os lo habéis pasado bien? –preguntó. No respondí.

–Papá te ha preparado una sorpresa –dijo la niña.

–¿De verdad? ¿Qué es?

–Es un secreto –respondió la niña.

Cuando llegamos a casa, el zapatero estaba listo, precioso, de color coñac, dispuesto en el rincón apropiado. 100 shékels me cobró el carpintero, por un cuarto de hora.

–¿Lo has hecho tú? –preguntó mi mujer, asentí con la cabeza. Me plantó un beso.

–Pero papá –dijo la niña–, dijiste que no había que... –Levanté a la niña por los aires para hacerla callar y le susurré al oído:

–Hoy sí se puede, hoy es el Día de la Ascensión.

¿Quién ganó?

El teléfono me despierta. La cabeza me estalla y casi me caigo al levantarme para contestar.

—¿Aún estás dormido?

—No. Estoy trabajando —respondo a mi mujer—, ¿ha pasado algo?

—No, sólo quería decirte que se me ha acabado la batería del móvil. No te inquietes si no contesto.

¡Ay, qué dolor de cabeza! ¿Qué hora es? Miro el reloj de pared: las 10.00. ¿Qué día es? Domingo. Sí, domingo. ¿Qué hice anoche? Intento recordarlo, asegurarme como después de cada noche de borrachera de que no hice nada especialmente malo. Creo que sí hice algo, por lo poco que consigo recordar. No conduje de vuelta a casa, de eso me acuerdo. Le di las llaves al vecino. Se lo pedí de antemano, porque sabía que, cuando el partido Francia-Brasil terminase, ya no vería ni tres en un burro. No salí por el partido, salí por el alcohol, y lo necesitaba mucho. Salí a emborracharme a propósito. ¿Quién ganó? Ahora mismo lo miro en internet.

Me entran ganas de vomitar, voy al servicio, me inclino, llevo la cabeza hacia el váter y no consigo echar nada. ¿Quién ha llamado?, acaba de sonar el teléfono hace un minuto. Ah, sí, mi mujer desde el trabajo. ¿Qué quería? Vaya, ganó Francia. Pero tengo que confirmarlo, no estoy seguro.

Un café solo bien cargado me ayudará, me digo, aunque sé perfectamente que no lo hará. Lo único que espero es no haber molestado demasiado a los camareros del bar El Laboratorio. Si fue así, espero que me perdonen, ya me conocen un poco. Seguramente antes estuve agradable, eso espero. Pero deben comprender que debía hacerlo. Esta vez realmente tenía que hacerlo. Creo que fueron cuatro vodkas y tres cervezas.

Debo dejarlo. ¿Cómo voy a trabajar ahora? Tengo tanto trabajo, y todo lo que quiero es regresar a la cama. No puedo, el café seguro que me ayuda, si no, me tomaré un ibuprofeno, tengo que trabajar.

El café me revuelve aún más el estómago. Probaré con un cigarrillo. Lo enciendo a la vez que el ordenador. La pantalla tarda en aparecer. El antivirus informa de que el ordenador está en riesgo. El teléfono suena. Seguro que es mi mujer, creo que ha llamado antes, a ver qué quiere.

—¿Diga? —contesto mientras me conecto a internet. Y la página de inicio informa, ganó Francia.

—Llamamos de la guardería —oigo decir a la maestra. El inicio de una frase que no tiene ninguna probabilidad de terminar bien—. El niño tiene fiebre, lleva toda la mañana llorando, no come, no bebe, sólo llora. Hemos intentado llamar a su madre, pero no contesta el móvil.

Mi mujer tiene el coche. No contesta el móvil, salta directamente el buzón de voz. Cogeré un taxi. Busco en la cartera y no encuentro ni un céntimo. Me bebí hasta el último shékel ayer. Busco en información el número del lugar de trabajo de mi mujer, llamo una y otra vez y la línea está ocupada. Tardan un cuarto de hora en contestarme y darme el número de teléfono del departamento requerido. Me paso otro cuarto de hora marcando sin obtener respuesta.

Me estalla la cabeza, seguro que ahora el niño está chillando.

—¿Diga? —despierto al vecino de la noche de borrachera de ayer—, sí, estoy en casa —responde dormido—, pero no puedo conducir. Si quieres, ven a por el coche. Tiene una sillita de bebé.

En el aparcamiento me acuerdo de la llamada telefónica que recibí de mi madre media hora antes del partido. «He llamado para decirte que todo va bien —dijo—, sin contar que le han quemado el coche a tu hermano.» Quemar coches se ha convertido en algo habitual en Tira. ¿Pero mi hermano pequeño? ¿Qué ha podido hacer? ¿Por qué alguien querría quemarle el coche? «Al parecer ha sido alguien a quien despidió del trabajo», dijo mi madre. La ira se apoderó de mí. Alguien ha intentado herir a mi hermano pequeño. A las dos de la madrugada se despertaron con la explosión del depósito de gasolina en la puerta de la casa. Tuvieron la gran fortuna de

que varios vecinos acudieran a ayudar y consiguieran evitar que el fuego quemase la casa. Había despedido a alguien del trabajo. Una razón lo suficientemente buena en un pueblo azotado por la delincuencia. Ya apenas puedo pensar en un pueblo árabe que no sea así. «¿Crees que yo no quiero? –respondió mi hermano pequeño por teléfono cuando le grité que debía dejar ese lugar de mierda, salir pitando de allí–, ¿Adónde voy a ir? –preguntó–, ¿y qué trabajo voy a encontrar allí? ¿Te crees que es fácil? Me muero por largarme de aquí, ¿crees que quiero que mi hijo crezca aquí? No hago más que pensar en eso, pero ¿adónde?»

Mi hijo estaba llorando. Tenía los ojos rojos y la cara ardiendo. Lo abracé y sentí el calor de su cuerpo. «Ven con papá. Ven con papá, cariño. Todo irá bien», él apoyó la cabeza en mi cuello y lloró.

La clínica del centro comercial estaba abierta. Hay que vigilarlo, dijo la doctora, es importante que beba, si no se deshidratará. Recomendó un líquido dulce y anotó en un papel: «No está subvencionado».

Hasta ahora no he conocido nada que me entristezca más que un niño llorando. Sabía que normalmente le gustaba el rincón de los animales del centro comercial. Lo llevé allí y en su rostro se dibujó una pequeña sonrisa. «Gatón», dijo al ver a un ratón, y siguió con la mirada a los loros.

Odio ver animales en jaulas. Pero, pese a todo, decidí comprar en la tienda de enfrente. Dos pájaros, una jaula, arena, comida y un juguete. Pagué con tarjeta de crédito. Dejé la jaula junto al niño en el coche y este se calmó. Al llegar a casa, volví a intentar darle de beber. Leche, agua, helado, que tanto le gusta, pero no quiso. Le metí a la fuerza una aspirina, lloró un poco y enseguida se quedó dormido frente a la jaula. Lo llevé a la cama y regresé con los pájaros, les puse agua y comida, y trocéé un níspero, pero no comieron. Sólo permanecieron sobre la rama de plástico temblando.